

Es tiempo ahora de voces entre voces apoyadas¹



LAURA VERÍSSIMO DE POSADAS²

INTRODUCCIÓN

Cuando las palabras tiemblan y flaquean ante la página en blanco y frente a la maraña oscura del pensamiento, los poetas llegan en auxilio.

Sin darme cuenta, he seguido la exhortación de Freud de recurrir a ellos.

Circe Maia (2007) acude con versos que dan título a este recorrido. Tatiana Oroño (2017), con su decir, me devela una de mis razones para este intento: «Escribo lo que pasó para que pase algo que modifique lo que está pasando».

Escribimos para dar un tiempo y un espacio a la perplejidad y la impotencia, para desovillar sentimientos e interrogantes, eso que acosa y demanda otro destino que la repetición y el malestar.

A veces, es a partir de un encuentro o una conversación fortuitos que se empieza a perfilar un camino de escritura, un trayecto a recorrer

1 Trabajo ganador del Premio Psicoanálisis y Libertad 2018, Fepal; publicado originalmente en: Veríssimo de Posadas, L. (2018). Es tiempo ahora de voces entre voces apoyadas. *Calibán*, 16(2), 14-31.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo, Uruguay.
lverissimodeposadas@gmail.com

que uno no sabe ni adónde llevará, ni por cuáles geografías habrá de pasar ni cuán trabajoso o disfrutable pueda ser. Menos aun se sabe qué «cosa» propia, no sabida ni pensada, encontrará en las letras su primer balbuceo o alcanzará palabras, siempre precarias, siempre insuficientes. El dilema que se plantea es desertar de antemano, distraerse -de lo que acosa y de la angustia que asoma- o arriesgarse.

El disparador de este trabajo, su resto diurno, fueron cinco palabras «Yo me analicé con Helena [Besserman Vianna]».

Creo que solo al final de este texto, tanto el lector como yo misma podremos entender apenas algunas de las razones del poder que estas palabras tuvieron sobre mí.

Conocía el nombre de Helena Besserman Vianna desde la década del 70, cuando los países latinoamericanos iban cayendo bajo las dictaduras militares que cooperaron entre sí con el siniestro Plan Cóndor. Guardo la imagen de una luchadora solitaria, respetada por muchos -acusada y puesta en peligro por otros- por su coraje durante la dictadura brasileña (1964-1985), gobierno militar que violó la Constitución, como lo hicieron las otras dictaduras latinoamericanas, y sustituyó la legalidad constitucional por una «legalidad» propia, los Actos Institucionales. Suprimió, así, derechos y garantías de los ciudadanos, y persiguió, torturó y desapareció a los opositores.

Aquellas cinco palabras, escuchadas en un clima de afectos e historias reencontradas, despertaron mi deseo de saber cómo era Helena en su práctica en su consultorio, cómo era su escucha, cómo era su modo de posicionarse como analista. A la vez, se me ocurrió que su «caso» puede echar luz a la reflexión sobre el entrelazamiento -inevitable- entre el analista y su práctica con el medio sociocultural en el que la ejerce.

Me propuse explorar tanto su compromiso con la causa de los Derechos Humanos como su compromiso con la «causa» del psicoanálisis. No me anima la intención de delinear una semblanza personal, sino, a través de los avatares de su épica, analizar problemas actuales.

Me interesa particularmente identificar rasgos contemporáneos de los comportamientos sociales y, en especial, el modo en el que las instituciones analíticas y quienes las integramos somos permeados por

ellos en esta era llamada de la *posverdad*, con sus relatos, sus modos «líquidos» de relacionamiento, la laxitud de las actitudes y prácticas –cuya evaluación parece limitarse a la medida del éxito sin consideraciones por los medios para obtenerlo– y los modos de ejercicio de las responsabilidades públicas a los que hoy asistimos. Como parece imposible que seamos inmunes, habría que indagar en qué medida estos rasgos moldean también a las instituciones analíticas. Esta inquietud hace a la dimensión ética de nuestra práctica, tanto con nuestros analizandos como con nuestros colegas –y los aspirantes a serlo–, así como en nuestros modos de relacionarnos con el medio.

Como sabemos, los rasgos salientes de cada época se revelan por el habla. Los lugares comunes y las muletillas de la nuestra sugieren –y conducen a– la trivialización del conflicto («todo bien», «de eso hay que olvidarse»), como si el arte de la política fuese la negación –necesariamente mentirosa– del conflicto, y no la búsqueda de formas de superarlo. También promueven la anulación de la pesadumbre o el impacto («tranqui», «no pasa nada») o estrategias de disolución de la responsabilidad («en el acierto o en el error», «como te digo una cosa, te digo la otra»).

Tan es así que, en su actualización de 2017, la Real Academia Española incluye, entre otros nuevos términos, el de *posverdad* («Distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales. *Los demagogos son maestros de la pos verdad*»). Incluye, también, el sustantivo *buenismo* («Actitud de quien, ante los conflictos, rebaja su gravedad, cede con benevolencia o actúa con excesiva tolerancia»).

No solo nos hemos habituado a estas expresiones, ellas moldean nuestro pensamiento y nuestra acción: no cuestionar, no reaccionar parece ser el lema de la corrección política. Somos llevados, así, a una pérdida de reflejos, y quedamos pasivizados por ese discurso. Sin darnos cuenta, nos resignamos a ser colaboradores eficaces y cómplices, tanto por el silenciamiento de algo que debe ser dicho en voz alta como por la falta de reacción a procedimientos que saltean normas que sostienen el lazo grupal, normas cuyo valor radica en su función reguladora y sus efectos «pacificadores» de las tensiones y conflictos inevitables en todo agrupamiento humano.

«CUANDO CALLAR ES MENTIR»³

Decía, al comienzo, que escribir es emprender un camino que no se sabe adónde lleva.

En este caso, ya tenía planteados a los personajes principales: Helena, como moderna Antígona; su colega psicoanalista (aunque de otra sociedad), Leão Cabernite, analista didacta de un médico y candidato a psicoanalista, integrante del equipo de torturas del Ejército, Amílcar Lobo; la institución de pertenencia de ambos (Sociedade Psicanalítica do Rio de Janeiro, SPRJ); la institución de Helena (Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, SBPRJ) y la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés).

Sin embargo, se me ha cruzado, elevando su voz desde una maleza espesa de silencio y olvido, otra mujer. Ella es judía alemana, hija del psiquiatra de orientación freudiana y militante socialista Dr. Heinrich Stern, quien, luego de ser arrestado por la Gestapo y liberado a los pocos días, emigró a Francia con su mujer y su hija, Anne-Lise. Se instalaron en Blois. Cuando los alemanes tomaron París, debieron huir a la zona libre, pero, en 1942, con la ocupación, Anne-Lise, que debió ocultarse bajo una identidad falsa, fue denunciada como judía y arrestada el 1° de abril de 1944. Fue deportada a Auschwitz-Birkenau y luego trasladada a otros campos de exterminio nazis, «ese agujero negro, ese *anus mundi*»⁴ (Stern, 2004), «el infierno», «fuera del mundo», donde «ya no se puede pensar, es como estar muertos» (Primo Levi, 1995, p. 23).

Tras la capitulación alemana, en el verano de 1945, de regreso a Francia, fue acogida en Lyon por la Cruz Roja, cuando solo tenía veinticuatro años. Es profundamente conmovedor su relato en «Tiempo de cerezas» (Stern, 2004, p. 301) del reencuentro con sus padres, a quienes creía muertos: «para nosotros todo el mundo estaba muerto, entonces mis padres también [...]. Ellos fueron capaces de escuchar el horror,

3 Miguel de Unamuno.

4 «ce trou noir, cet *anus mundi*» (la traducción del francés y el portugués es personal en todos los casos).

padres suficientemente freudianos para poder escuchar todo, digo todo, lo que yo tenía para contar» (p. 113). La alentaron a narrar lo inenarrable y a escribirlo. Recordemos que en la sociedad de posguerra –como lo testimonia, entre otros, Primo Levi⁵– el silencio es lo que prevalece. No fue esa la experiencia de Anne-Lise a su regreso:

Reemerger de eso, de los campos, de haberles dicho todo, ha tomado largos años de psicoanálisis. Pero es también esto –y mi chance en el campo mismo, mi relativa poca deportación en relación a los otros– lo que hizo posible que me volviera analista a pesar/a causa del campo. [...] No poder hablar de ello por el hecho de no ser escuchada, eso lo conocí mucho más tarde y, lamentablemente, sobre todo en la comunidad psicoanalítica. (Stern, 2004, p. 113)

Anne-Lise Stern integró la llamada «tercera generación», condición que compartió, entre otros, con Jean Laplanche y Serge Leclaire. Esta es la única mención registrada en el Diccionario de Psicoanálisis de Roudinesco y Plon en el artículo dedicado a Leclaire: no hay una entrada específica dedicada a ella. La biografía de Lacan, de la misma autora, recoge únicamente dos magros comentarios al pasar, aun cuando Anne-Lise trabajó durante años en servicios hospitalarios dirigidos por Jenny Aubry, produjo textos sobre su clínica desde la perspectiva de la enseñanza de Lacan –de quien fue analizada– y participó en publicaciones y debates que tuvieron amplia difusión en la prensa. En *La batalla de cien años* (Roudinesco, 1993) es mencionada apenas como quien tuvo la iniciativa de reunir a Daniel Cohn-Bendit con Lacan (p. 81), por su participación en las jornadas de psicosis organizadas por Maud Mannoni en 1967 (p. 113) y por su interpelación a Althusser en una de las tormentosas reuniones, de principios de 1980, subsiguientes a la carta de Lacan de disolución de la Escuela Freudiana de París (EFP) (p. 269).

5 Recién en 1963, luego de la publicación de su segundo libro, *La tregua*, Primo Levi logra una amplia audiencia, así como el reconocimiento para su primer libro, escrito en 1945.

Tampoco es citada en trabajos dedicados a los horrores del siglo XX. Su libro, *Le savoir-deporté* (Stern, 2004), es desconocido por psicoanalistas latinoamericanos (comunicación personal) como Maren y Marcelo Viñar, Daniel Gil y Mariano Horenstein, que han analizado la Shoá y sus secuelas en Occidente, aunque ella misma, a sus 22 años, haya sido víctima y testigo de los campos de exterminio, y aunque Pierre Vidal-Naquet afirme que sus textos alcanzan «la cima de la literatura concentracionaria».

Tanto silencio y olvido en torno a ella me intriga. ¿Cómo no la descubrimos al leer a Primo Levi, Semprún, Antelme...?

Sus textos y sus intervenciones orales en los congresos de L'École Freudienne de Paris llevan la marca, dice Catherine Millot (2004), de un doble compromiso militante. «Anne-Lise recordaba, incansablemente, que los campos (como se decía entonces, antes de que empezáramos a decir Shoá) ocupaban un lugar central en el malestar, por no decir la infelicidad, de nuestro tiempo» (párr. 2). Millot reconoce que durante mucho tiempo resistió a la interpelación de Anna-Lise, y que no era la única:

Nadie la escuchaba [...] En lo que me concierne, me era muy difícil escucharla. Me agotaba. Lo real es lo imposible de soportar, decía Lacan. [...] la insistencia de un real tomando en la palabra de Anne-Lise la forma de la obsesión. (párr. 3)

En 1979, como respuesta a la ofensiva negacionista de los crímenes del nazismo, cuyo principal vocero en Francia es Robert Faurisson, Anne-Lise abre un seminario:

En 1979-1980 vimos subir a la escena pública a los negacionistas. La deportada que yo soy pidió auxilio enseguida a sus colegas psicoanalistas. Pero ellos no entendían la urgencia. Lacan ya se estaba yendo [alude a su enfermedad; murió en setiembre de 1981] y los otros no veían que se estaba por hacer saltar un candado, un candado ético. Ahora todos sabemos lo que se ha engullido esa brecha. (Stern, 2004, p. 109)

Anne-Lise considera que ese seminario es un «acto público, no solamente un acting out» (p. 265).

Me detengo en esta concisa formulación porque me parece profundamente analítica y condensa lo que intento transmitir en este texto: Anne-Lise, en tanto psicoanalista, interviene en la *polis* («acto público»), crea un espacio donde se habla «justamente de lo que la comunidad de psicoanalistas, en su conjunto, excluye» (p. 268), desarrolla un trabajo de «investigación-testimonio» que pone en juego la memoria, tanto lo que se censura u omite como también sus usos y abusos. A la vez, en tanto psicoanalista, no pierde de vista la relación con lo inconsciente, con la pulsión y la expresión en acto de lo que, en ella misma, insiste y «no cesa de no escribirse» (Lacan). Decir «no solamente acting out» es una legitimación de esta dimensión y, a la vez, es rescatarse de la sumisión, tan frecuente entre nosotros, analistas, a la psicopatologización del acto⁶.

También a Helena Besserman Vianna se le demandaba callar. Su libro se titula *Não conte a ninguém...* (1994).

En su texto de homenaje a Horacio Echegoyen, René Major (2017) evoca la calidad de «hombre de principios» de quien fuera presidente de la IPA (1995-1999).

En términos de Anne-Lise, Echegoyen hizo «saltar el candado» del silencio. En este caso, un silencio relativo a graves faltas a la ética, tanto en la práctica como en la transmisión del psicoanálisis. Desde el año 1973 fue justamente el silencio de las instituciones lo que constituyó el amparo al presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Río de Janeiro, Leão Cabernite, y a Amílcar Lobo, analista didacta y analizando, respectivamente, analizando que era, a la vez, miembro de un equipo de tortura como oficial de reserva del Ejército. Helena es quien, en ese contexto de ruptura de la legalidad de la dictadura brasileña, tiene el

6 Este seminario, desarrollado a lo largo de treinta años bajo el título de «Campos, história, psicoanálisis: Su anudamiento en la actualidad europea», será reconocido desde 1992 por la *Maison des sciences de l'homme*.

coraje de hablar, de pedir ayuda, enfrentando la desmentida colectiva⁷. No bastaba su coraje personal, se requería de una apuesta institucional a enfrentar el mal, que desde el afuera, desde el terrorismo de Estado, había infiltrado la formación de los analistas. Pero el imperativo institucional (Calmon *et al.*, 1999, p. 15) exige silencio, «silencio mistificador mantenido por casi una década por las sociedades psicoanalíticas de Río de Janeiro y por la IPA» (Besserman Vianna, 1994, p. 21).

El problema a discutir, entonces como ahora, y que «se debe continuar discutiendo es la postura de las sociedades psicoanalíticas ante la tortura y la dictadura, para que, finalmente, todos sepamos por qué una sociedad psicoanalítica se somete a lo irracional» (Besserman Vianna, 1994, p. 20). Tema siempre vigente y que no puede eludirse considerándolo como una «pelea de cariocas», como con acierto señala Miguel Calmon en la entrevista citada (Calmon *et al.*, 1999, p. 12).

Por el contrario, nos atañe a todos, a cada analista y a cada sociedad psicoanalítica. Volver sobre el «caso carioca» es un modo de impulsar el análisis de la institución de pertenencia y la exploración y el cuestionamiento de las defensas colectivas.

Una de ellas es el recurso de la exclusión recíproca entre política y psicoanálisis, lo que para Helena es «lenguaje doble cotidiano y esquizofrenizante» (Calmon *et al.*, 1999, p. 15). Así se descalifican acciones y textos que rescatan el psicoanálisis de la burbuja en la que se lo quiere recluir, como si esta reclusión no constituyera, en sí misma, un acto político.

Este recurso de exclusión lo padece también Anne-Lise cuando intenta el «pase», en *L'école freudienne* en 1971: un miembro del jurado fundamenta el rechazo diciéndole que «han oído hablar de política, no de psicoanálisis», como si su historia como mujer y como psicoanalista pudiera desgajarse de su historia como judía y deportada, como si pudiera recortarse de la de sus padres y de la Historia.

⁷ La *Clínica da família* de Rio das Pedras, en Río de Janeiro, lleva el nombre de Helena como homenaje a su lucha a favor de la ética en psicoanálisis y por su participación, junto con su marido, el Dr. Luiz Guilherme Vianna, en movimientos contra la dictadura militar. Por su empeño en la redemocratización de Brasil, Helena recibió la medalla Chico Mendes.

Helena Besserman corrió riesgos serios y padeció humillaciones por parte de las sociedades que invocaban la «causa» de la institución. Este otro recurso, la excusa de su preservación, tiene una larga historia, como sostiene Roudinesco (2014/2015):

La política del pretendido «salvamento», orquestada por Jones y defendida por Freud, fue un completo fracaso que se traduciría, tanto en Alemania como en toda Europa, en una colaboración lisa y llana con el nazismo, pero sobre todo en la disolución de todas las instituciones freudianas y la emigración hacia el mundo angloparlante de la casi totalidad de sus representantes. De no habérsela implementado, el destino del freudismo en Alemania no habría cambiado en nada, pero se hubiera preservado el honor de la IPA. Y, sobre todo, esa desastrosa actitud de neutralidad, de no compromiso, de apoliticismo no se hubiera repetido a posteriori bajo otras dictaduras, como en Brasil, Argentina y muchos otros lugares del mundo. (p. 414)

Esta prehistoria -aunque nos sea desconocida- nos habita y nos detiene. Aun cuando los atentados a la ética nos estallen en la cara, el temor a ser considerado moralista o cazador de brujas paraliza la reacción.

En situaciones de normalidad, no se trata del riesgo de la integridad personal o institucional, sino que el cuidado de la institución es, en ocasiones, la racionalización del cuidado del feudo, del poder de quien predica y ejerce tal cuidado recurriendo a no importa qué prácticas.

Se trate de un fin u otro, este justifica los medios. Alguien se arroga el lugar de un «superior iluminado» en quien se delega la facultad de pensar, y se impone la «ética del funcionario» (Gil, 1999, p. 11), rebaños acéfalos que «reciben línea» son anulados en su capacidad de análisis y juicio para discernir el bien del mal en cada situación. Virtualidad siempre presente de la tendencia humana a la «servidumbre voluntaria», brillantemente señalada por el joven Etienne de la Boétie en 1576.

Desde los primeros agrupamientos a partir de Freud, un lúcido Ferenczi (citado por Roudinesco, 2014/2015) decía:

Conozco bien la patología de las asociaciones y sé hasta qué punto suelen reinar en las agrupaciones políticas, sociales y científicas la megalomanía pueril, la vanidad, el respeto de las fórmulas vacías, la obediencia ciega y el interés personal, en lugar de un trabajo concienzudo consagrado al bien común. (p. 138)

Otra fuerza paralizadora proviene de elaboraciones afectadas por tales accesos de sutileza, tales arabescos retóricos –una especie de sibaritismo intelectual– que llevan a considerar los asuntos de la *polis* desde las alturas de una aséptica arrogancia.

LOS HORRORES DEL SIGLO

*Helena Besserman Viana (Río de Janeiro, 1932 - Río de Janeiro, 2002)*⁸
Anne-Lise Stern (Berlín, 1921 - París, 2013)

78765, psicoanalista: así firmó Anne-Lise –sin su nombre y con su número de deportada– un articulado titulado «Un lapsus de SS» publicado en el *Nouvel Observateur*, el 3 de junio de 1969 (Stern, 2004, pp. 224-225).

Estas dos mujeres tienen mucho en común. Ambas son judías lo que basta para que sus respectivas historias familiares y sus cuerpos hayan llevado las marcas de los huracanes de la Historia. Helena fue perseguida, fue objeto de un atentado con una bomba bajo su coche, y Anne-Lise enfrentaba no solo a quien ponía una bomba en la sinagoga, en París (3 de octubre de 1980), sino al antisemitismo, sutil y pertinaz, que lleva al Primer Ministro de entonces a condenar un atentado que «quería golpear a los israelitas que llegaban a la sinagoga y que golpeó a franceses inocentes que cruzaban la calle» (Stern, 2004, p. 315).

8 Hija de judíos polacos pobres que emigraron a Brasil a mediados de los años veinte. Vivía inicialmente en el área donde se concentraba la población judía pobre. Fue destituida de su empleo público como médica pediatra por la dictadura militar, en 1964.

Con sus huellas, tatuajes, restos, se hacen mujeres y psicoanalistas. Usan sus pedazos para hacer un vitral; «esos vitrales no eran meros pedazos quebrados de alguna cosa: eran su vida, reconstruida cada día, con nuevos colores y texturas», podría decir de ellas la poeta Adelia Prado (1989).

No se enajenan de ellos ni desmienten la realidad en la que viven. Ambas construyen su pensamiento implicándose en la acción y avanzan a la escena política que, como se sabe, es de hegemonía masculina.

Como dice Kristeva (2000) de Hannah Arendt, podríamos decir de Anne-Lise y de Helena que «el anclaje en la experiencia personal y en la vida del siglo da, en sus textos, la impresión de una acción, una incisión en el mundo en curso» (p. 43).

Y, como Arendt, ejercen su pensamiento

en el núcleo de su vida: en ese rasgo específicamente arendtiano tendríamos la tentación de ver una particularidad femenina, a tal punto es cierto que «la represión» que se dice «problemática» en la mujer le impide aislarse en los palacios obsesivos del pensamiento puro y la lleva a echar anclas en la práctica de los cuerpos y en los lazos con los otros. (p. 22)

Catherine Millot (2004) destaca la mirada de mujer de Anne-Lise en lo cotidiano del campo:

Lo que ella nos aporta es una mirada sin equivalentes, una mirada que no se aparta de nada, sostenida por esa curiosidad que ella califica como freudiana porque se caracteriza por una atención sin prejuicios, sin ideas preconcebidas, que ella debe, tal vez, a sus padres –a quienes el prefacio del libro nos hace conocer–, abiertos desde los años 20 a los descubrimientos de Freud. **Esa curiosidad, más fuerte que el miedo y el odio**, se acompaña de una ausencia impactante de repliegue defensivo. Anne-Lise ha sacado su fuerza, sin dudas, de su apertura hacia el afuera, de su ojo libre, sus ojos demasiado libres, como ella dice [...] Anne-Lise ha conservado también el ojo abierto sobre el otro en tanto sexuado. Persistir en considerar al otro y a sí misma como hombre o como mujer, es **darle y darse un crédito de humanidad**. Viendo un alemán y una alemana caminando lado a lado

como si fueran amantes, ella pensaba que ellos no podían ser del todo malos si tenían el uno por otro, aunque más no fuera, deseo. (párr. 8)

Me evoca a Irene Nemirovski, quien, mientras escapa de la persecución nazi, puede concebir, en su ficción de la *Suite francesa*, el romance entre una francesa y un soldado del ejército de ocupación alemán. Me evoca, también, a los analistas que proponen un *Alegato por la humanidad del enemigo* (Viñar, 2006), apelando a *La piedad de Eros*⁹ (Gil, 1999).

En el texto citado, Viñar (2006) invita a problematizar el lugar del psicoanalista en relación con la esfera pública, con las complejidades y volatilidades de los movimientos socioculturales y políticos:

Lo más cómodo sería la prescindencia, decir que el psicoanálisis no es el instrumento competente y adecuado para explorar el problema, callarse la boca y a otra cosa. Sin embargo, en las sesiones, este material sobre los horrores del mundo está presente cada vez más y a veces la inunda. (p. 399)

Viñar (2006) se ubica «más preocupado por cómo plantear las preguntas y enigmas que por la perentoriedad de las respuestas» (p. 403), con lo que me da palabras para definir mi proyecto, ya que este texto sigue el sendero de Viñar en tanto pensar al psicoanalista en una tópica moebiana: «el ciudadano socialmente implicado y el sujeto del inconsciente» (p. 406).

Daniel Gil, por su parte, en su *Ensayo sobre la mentalidad de un torturador* (1999) desarrolla una investigación sobre la potencialidad destructiva del hombre. Se pregunta si «todos los seres humanos, puestos en determinadas circunstancias, actúan de la misma manera, descargando una agresión que está en su esencia» (p. 8). Como psicoanalista enfrenta la dificultad de aventurarse, con nuestras teorías,

9 En este estudio sobre el capitán Trócoli -autodefinido «profesional de la violencia» y quien reconoce haber torturado-, Gil (1999) recupera el sentido latino originario de la palabra piedad: compasión por el sufrimiento, la desdicha del otro (p. 10).

a nuevos campos hasta ahora poco explorados. Realiza un recorrido filosófico para abordar conceptos fundamentales como el mal, la ética, la moral, el pensar («solo el pensar puede ser la actividad que proteja a los hombres frente al hacer el mal», p. 12) y, finalmente, pone en juego instrumentos conceptuales de la teorización de Freud y de Lacan para arriesgar algunas hipótesis. De ese libro profundamente lúcido y removedor –a cuya lectura remito– destaco esa piedad de Eros, en la que Gil (1999) encuentra, como uno de sus exponentes, a Antelme, quien

a poco de salir de Dachau, salvado por un par de amigos que lo fueron a rescatar, al borde de la muerte por la desnutrición y el tifus, casi apenas recuperado, se entera de que en los campos de prisioneros de los aliados se está maltratando a los soldados alemanes. Entonces eleva su voz de protesta llena de indignación por dicho trato. (p. 114)

Concluye que un «abismo ético» separa a Antelme del torturador que justifica su práctica y de todo aquel que, de un modo u otro, instrumentalice a un ser humano.

Leo en la prensa reciente las declaraciones de uno de los mayores criminales de trata de mujeres: «Jamás me paré a pensar que la mercancía que yo importaba eran personas como yo. Ellas eran otra cosa» (Jabois, 13 de noviembre de 2017, párr. 5).

Daniel Gil (1999), al retomar la teorización freudiana para abordar su tema, señala que frecuentemente olvidamos que la dimensión ética está presente en el pensamiento de Freud a lo largo de su obra (p. 111).

LOS IDEALES DEL SIGLO

En estas dos mujeres, ese pensamiento ejercido *en el núcleo de su vida y en el lazo con los otros* –en palabras de Kristeva– es tributario de las enseñanzas de sus padres y la relación con ellos.

Como comenté antes, los padres de Anne-Lise fueron clave en su recuperación del trauma de Auschwitz. En su juventud en Alemania, Heinrich y Kathe Stern habían participado del clima cultural de la República de Weimar,

atmósfera hecha de audacia intelectual y compromiso político, con el deseo de comprender y de actuar, en la convicción compartida de que Marx y Freud juntos ayudarían a cambiar el mundo, en el gusto del placer, del descubrimiento, de la libertad del cuerpo y del espíritu. (Fresco y Leibovici, 2004, p. 14)

Por limitaciones económicas de su familia, Kathe no realizó una carrera universitaria, algo que siempre lamentó, pero recibió de las mujeres de su entorno el espíritu militante a favor de la emancipación política y las causas de las mujeres. Se alistó como enfermera al comienzo de la guerra de 1914 y allí conoció a Heinrich. Con el regreso de la paz y embarazada de Anne-Lise, se instalaron en Manheim, donde ella llevaba la contabilidad del consultorio médico de su marido. Autodidacta y apasionada lectora, frecuentaba a intelectuales, artistas, socialistas y comunistas, a quienes recibía en su salón en largas y animadas discusiones mientras, en el otro extremo del apartamento, Heinrich ejercía la medicina general y la psiquiatría. Esta atmósfera -luminosa y de apertura de espíritu- fue la de la infancia de Anne-Lise. De ella surgió la elección de su nombre, de aproximada homofonía con *analyse* en francés, que en su imaginario remitía al deseo inconsciente parental con respecto a esa parte *psy* que queda escondida.

En cuanto a sus propios padres, dice Helena:

La educación que mi padre me dio fue lo que me llevó a conocer, a conocer mucho de las historias talmúdicas. Creo que conozco la manera como se discute... cada tema. [...] El hecho de tener esa libertad de poder discutir con mi padre y con mi madre, pero sobre todo con mi padre, sin necesidad de omisiones o secretos, ni dificultades para discutir algún problema, eso me abrió mucho al psicoanálisis, donde esperaba encontrar la misma situación. (Calmon *et al.*, 1999, p. 29)

¡Impactante eco de las palabras de Anne-Lise! (p. 4). Helena matiza:

Algunas veces la encontré, otras no. [...] Pero principalmente aprendí con mi padre la cuestión de la responsabilidad y la responsabilidad nominal. No existe responsabilidad sobre la base de que todos somos responsables

porque ahí nadie es responsable. Es una cuestión talmúdica la nominación de la responsabilidad. Si no hubiera nombre para la responsabilidad de determinado acto, el acto no es tomado en cuenta. (p. 29)

De la misma manera que yo me encontré por azar con Anne-Lise, Helena –mientras investiga la historia de las instituciones psicoanalíticas– se encuentra con Margareta Hilferding, primera mujer que participó de las reuniones de los miércoles en casa de Freud. Destaca que la formación profesional de Margareta se desarrolla en años de recrudescimiento del antisemitismo:

Es en ese clima fervorosamente contrario a cualquier forma de emancipación de la mujer o de su participación en actividades intelectuales que Margareta cursa la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena, bastión del conservadurismo burgués austríaco. (Besserman Vianna, 1991, p. 32)

MUJERES DEL SIGLO DEL PSICOANÁLISIS

Esa «peculiaridad femenina», de la que habla Kristeva, revela algo de la relación de la mujer con la palabra, la puesta en juego del cuerpo en la palabra como acto y en el acto como palabra: la puesta en acto del seminario, entre otras, en el caso de Anne-Lise, y la puesta en acto de la denuncia, en el caso de Helena, son presencias que dejan huellas en la escena política y, a la vez, hablan del imperativo de decir y pensar lo no dicho hasta los bordes de lo indecible. Ambas mantienen una doble apertura a lo real, al mundo externo y a lo imposible, eso que Lacan plantea como «lo que no cesa de no escribirse» y que se *real-iza*¹⁰ y asoma tanto en la escena del mundo como en sus prácticas como psicoanalistas, tanto en la comunicación e interrogación de su trabajo con adultos y con niños como en servicios hospitalarios o policlínicas barriales.

En el espíritu de Mayo del 68 –y financiado con el dinero de la reparación por el consultorio de su padre, recibido de parte del gobierno

10 Uso término de Myrta Casas de Pereda.

alemán-, Anne-Lise crea el *Laboratoire de Psychanalyse* en el barrio de la Bastilla, donde se ofrecía psicoanálisis a quienes no tenían condiciones económicas para acceder a una cura analítica.

Anne-Lise participa, desde 1953, en el equipo que la pediatra y psicoanalista Jenny Aubry funda en 1952 en el Policlinique de l'Hôpital Bichat. Cuando diez años más tarde Aubry es nombrada jefe del servicio de pediatría del Hôpital des Enfants malades, Anne-Lise se integra a ese trabajo pionero en cuanto a llevar la escucha analítica a los servicios hospitalarios. Se hace cargo de niños y de sus padres, de tratamientos psicoterapéuticos de inspiración psicoanalítica, escuchando el síntoma en relación con el deseo parental y los traumas y secretos, a menudo vinculados a infamias sufridas durante la guerra, cuyos efectos, en esos años 50, eran palpables. Es allí que padece, en ocasiones, la superposición de la escena hospitalaria con la escena concentracionaria, lo que ella llama «contagio» (Stern, 2004, p. 114). Esta experiencia y este punto de vista la llevan a desarrollar un sentido de urgencia, que llamará «pasión de urgencia» (p. 117) en el trabajo con niños,

como si lo que yo llamo el saber-deportado -cuando es el momento, es el momento, un instante después es demasiado tarde- se reuniera con la función creativa de la prisa en la lógica que hace acto tal como lo expone Lacan en *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*. (p. 187)

Otro modo de reivindicar el hacer, la acción, a la vez que rescata esa noción griega del *kairos*, del tiempo oportuno.

«HOY ES SIEMPRE TODAVÍA»¹¹

Excede el espacio de este trabajo la exposición detallada de la dimensión de la praxis, como psicoanalistas, de Anne-Lise y Helena, y del permanente empeño de ambas en la transmisión del psicoanálisis. Leerlas, descubrirlas, conocer el mundo en el que vivieron ha sido una expe-

11 Antonio Machado.

riencia apasionante. Son dos pensadoras incansables que enriquecen la reflexión sobre temas que son muy actuales y, a la vez, de siempre.

Tomaré solamente algunos aspectos vinculados directamente con nuestra posición como analistas y, al mismo tiempo, enlazados a debates que enfrentamos como ciudadanos de nuestro país y del mundo en esta era de las comunicaciones instantáneas.

Antes me referí a la escalada negacionista en Francia y a la reacción de Anne-Lise. El libro del negacionista Faurisson fue prologado por Noam Chomsky. En carta a Jean Pierre Faye, Chomsky (citado por Stern, 2004) se justifica: «Nosotros debemos defender el derecho a la libre expresión de puntos de vista, así sean odiosos». Y agrega: «No veo razón para esconder mi opinión, ya públicamente afirmada, de que el holocausto fue la mayor explosión de insanidad masiva de la historia de la humanidad» (p. 158).

«Doble posición», dice Anne-Lise. En el prólogo al libro de Faurisson, bajo el título «Algunos comentarios elementales sobre el derecho a la libertad de expresión», Chomsky dice: «No diré nada, aquí, de los trabajos de Robert Faurisson o de sus críticas, de las que no sé gran cosa, o sobre los temas que trata, sobre los que no tengo mayor esclarecimiento» (Chomsky, citado por Stern, 2004, p. 315). ¡Llamativas aclaraciones del prologuista de un libro! ¿No ha leído al autor y el libro que prologa? Su pretendida ignorancia no le impide calificar a Faurisson de «especie de liberal relativamente apolítico». Chomsky se ubica, así, en dos lugares: reconoce y condena la Shoá y, a la vez, legitima con su prólogo el libro de quien niega el horror de las cámaras de gas. Las herramientas con que contamos los intelectuales –y más alguien de su talla– quedan pervertidas: ya no se usan como instrumento de crítica, de develamiento ni de denuncia de las falsificaciones de la historia. Chomsky no se retractó nunca, sino que se ofendió con sus colegas franceses. *Responsabilidad nominal* –como Helena aprende del Talmud– grave, por la influencia de Chomsky en el escenario pensante mundial.

Anne-Lise (Stern, 2004) afirma con precisión que tratar de insania o locura al exterminio de los judíos «evacúa la ciencia en juego: la exterminación científica, a base de criterios “científicos” de discriminación, de segregación» (p. 159).

Hoy, en 2018, este derecho a la libertad de expresión que todos defendemos no exime el necesario debate sobre su acotamiento en función de otros derechos y principios, debate que sigue abierto.

Leo en la prensa reciente que la campeona de ajedrez Anna Muzychuk renunció a participar en el campeonato mundial a realizarse en Arabia Saudita. Escribió en Facebook: «Dentro de unos días voy a perder mis dos títulos mundiales, uno por uno. Y lo haré porque he decidido no ir a Arabia Saudita. Para no jugar con las reglas de otros, para no usar abaya [...] porque no me considero una criatura de segunda clase». Un montón de detractores se lanzaron contra ella cuestionándole que ya había participado en el campeonato que tuvo lugar en Irán, a lo que la jugadora ucraniana contestó: «Irán fue mi primera experiencia en un país con semejantes leyes opresoras sobre las mujeres. Tras estar allí me di cuenta realmente de lo mal que me sentía con esa situación. No me dedico a la política y no pretendo comparar si es peor Irán o Arabia Saudita. Simplemente ya he tenido suficiente».

Menos famosa que Chomsky y sin elaboraciones intelectuales refinadas, la campeona de ajedrez nos da una lección de ética memorable.

Helena, por su parte, interpela a la IPA, y no solo a esta, sino a cada sociedad psicoanalítica, con la propuesta de no dar la espalda a la propia historia, sino conocerla, reconocerla en sus *silencios y denegaciones*. Enfrentar nuestra historia, nuestros engaños, nuestros sometimientos y nuestras miserias ¿no constituye el cerno de nuestra tarea como analistas?

¿Esta misma no sería la posición a sostener en nuestra práctica en la institución de pertenencia, marco de la transmisión, a fin de no deslizarnos en la pendiente de una actitud antipsicoanalítica y traicionar así nuestros fundamentos?

Helena cuestiona que se diga que si se hace política, se sale del campo psicoanalítico, ya que

todo el tiempo, de alguna manera se hace política. Política no quiere decir politiquería. Pero la política principal sería parar con las omisiones, parar con los secretos, parar de esconder hechos importantes, porque eso lo que hace es vigorizar un poder al que los otros están obligados a someterse. (p. 13)

Interrogada por lo que en su opinión determina la falta de reacción, la parálisis de los analistas, Helena nos golpea con una respuesta contundente: «La formación».

Quedar subyugado, no cuestionar [...] ni la teoría, ni actos delictivos, a veces. No se cuestiona. ¿Por qué? Porque va a denigrar la imagen del psicoanalista como aquel sujeto formidable que sabe todo [...]. Y ahí entra el tema de la filiación, del sujeto que imita. Son raros, hasta diría bastante raros [...], los psicoanalistas que han hecho un análisis llamado de formación y que sus candidatos hayan logrado la libertad de seguir sus propios caminos. (Calmon *et al.*, 1999, p. 27)

Si es así, el trabajo para devenir analista también quedaría paralizado, trabajo (*Arbeit*) en sentido freudiano, altamente singular, hecho de duelos y transferencias que llevan a diseñar caminos propios en la teoría y la práctica, y para el que cada colectivo ha de buscar y preservar las condiciones de libertad que lo hagan posible. Este ha sido tema de las últimas reuniones de Institutos de Fepal¹², oportunidad en la que se dio lugar a la confrontación e intercambio entre culturas psicoanalíticas diversas de las sociedades latinoamericanas. La discusión se focalizó en torno al llamado «análisis didáctico», lugar de concentración de poder si se preserva la idealización de un «didacta» poseedor de un saber totalizador y sin fallas, riesgo de pactos inconscientes entre analista y analizando. Miguel Calmon (Calmon *et al.*, 1999), en la excelente entrevista citada, destaca que Helena ha tenido la actitud de

confrontar a los sujetos, a las instituciones, con las verdades que esos sujetos y esas instituciones desmienten, reprimen. [...] Por más que las instituciones quieran preservarse, no creo que ellas supieran de sí mismas, en el instante en que Helena hace esa interpretación, ella hace emerger, hace aparecer. (p. 26)

12 Organizadas por la Comisión de Formación y Transmisión del Psicoanálisis de Fepal, coordinada por M. Cristina Fulco (período 2014-2017).

Esa posición analítica sostenida es lo que lleva a Helena, a pesar de todo, a desear seguir perteneciendo a la IPA: «Creo que es un lugar donde puedo decir las cosas y llamar a responsabilidades» (p. 31).

En un recorrido parcial de los trabajos presentados por Helena (Besserman Vianna, 1973, 1979), encontramos una analista rigurosa en su trabajo con la teoría, de filiación preferentemente anglosajona sin descuidar la obra de Freud y permeada por la filosofía y la literatura. Encontramos una clínica aguda y comprometida con pacientes -que hoy llamamos difíciles- a quienes analiza en alta frecuencia, a razón de cinco sesiones semanales, casos que lleva adelante «con paciencia y convicción» (Besserman Vianna, 1976), poniendo cuerpo y palabras a movimientos transferenciales intensos. Logra transmitir en su escritura su modo personal de pensar y de interpretar.

También en Anne-Lise encontramos un trabajo teórico permanente. Sus maestros, sus interlocutores -y, en ocasiones, coautores- han sido figuras tan destacadas como Lacan y Pontalis, entre otros. Estudiosa de la obra de Lacan, hace jugar los registros (RSI) en la exploración del síntoma del niño. Con fineza teórica propone que «los términos *Real*, *Imaginario* y *Simbólico* han de ser entendidos, siempre, “del lado de lo Real”, “del lado de lo Imaginario”, “del lado de lo Simbólico”, como polo, dirección, vertiente, más que como dominio estrictamente delimitado» (Stern, 2004, p. 127). Son tan originales y apasionantes sus relatos de casos que Lacan los seguía como si fueran episodios.

La misma mirada, perspicaz y cuestionadora, la dirigía a la publicidad y a los medios de comunicación, que en ocasiones banalizan los conceptos psicoanalíticos,

fijados del lado de lo Real. O bien capturados del lado de lo imaginario devienen alimento demagógico de las masas gracias a los medios. [Sostiene que] esas dos aventuras es lo que le ha ocurrido a los conceptos de Lacan a medida que los creaba. De allí resulta toda suerte de deslizamientos, algunos pesados en consecuencias: su enseñanza se ha encontrado momificada en fetiche y enarbolada como tal. (Stern, 2004, p. 134)

En relación con la forma en la que se aborda la Shoá, advierte respecto a las dos pendientes por las que ve deslizarse el tema: «Se tiende a sexualizar Auschwitz para evitar lo inanalizable, lo inatrapable de la cámara de gas. Se tiende también a “religiosizar” Auschwitz. Mi responsabilidad como analista, y como deportada, es luchar contra estas dos pendientes» (Stern, 2004, p. 228). Remite a una foto tomada en Bergen-Belsen de un hombre esquelético, con los brazos en cruz, rodeado de otros cadáveres. La imagen aparece publicada en una revista dedicada a las atrocidades nazis contra los judíos. Esa foto ilustra un artículo titulado «El calvario de los sacerdotes». En otra publicación, bajo la misma foto, se lee: «Ecce Homo 45». Inaudita usurpación del padecimiento del pueblo judío al relatarlo en clave e iconografía cristiana («calvario», «sacerdotes», «ecce homo»), aunque la publicación contenga únicamente documentos sobre la muerte de judíos.

En 1986, C. Lanzmann irrumpe en escena con *Shoá*. Desde el título produce un nuevo lugar, la idea de catástrofe sustituye el sentido de sacrificio inherente a la palabra Holocausto. Al escamotear la imagen y hacer hablar a sus entrevistados, rompe con el silencio con el que Anne-Lise se topaba una y otra vez. En consonancia con sus inquietudes, Lanzmann sustrae al tema de la obscenidad y el goce. Es un artista quien se atreve con ese real imposible de los campos y así «pone la memoria en movimiento» (Fernández Rubio, 25 de junio de 1988). Dice Anne-Lise:

Cuando Lanzmann presenta su film en países de lengua alemana, los jóvenes, después de la proyección, lo asaltan con sus demandas. Es por él que quieren, es por él que pueden decir al fin lo que tienen en el corazón: dar testimonio, ellos también, del silencio absoluto en sus familias desde el momento en que se pronuncian las palabras *judío* o *nazi* o *gaseado* (en cuanto al gaseado, ni una palabra). En Francia también, desde la aparición del film, la gente se puso a hablar, a soñar lo que hasta ese momento había estado excluido del trabajo analítico. (Stern, 2004, p. 243)

Estas dos mujeres representan dos voces singulares y potentes. Les hemos dado la palabra en estas páginas. Creo que para que «pase algo

que modifique lo que está pasando» se precisan muchas «voces entre voces apoyadas», que se hagan oír con «paciencia y convicción» como forma de amor por eso tan elusivo que llamamos la verdad.

BIBLIOGRAFÍA

- Allouch, J. (1997). *La etificación del psicoanálisis: Calamidad*. Edelp.
- Besserman Vianna, H. C. (1973). *Uma peculiar forma de resistência ao tratamento psicanalítico*. Trabajo presentado en el 28º Congreso Internacional de Psicoanálisis, París.
- Besserman Vianna, H. C. (1974). A peculiar form of resistance to psychoanalytical treatment. *International Journal of Psychoanalysis*, 55(3), 439-444.
- Besserman Vianna, H. C. (1976). *Considerações sobre a evolução de um tratamento psicanalítico*. Trabajo presentado para candidatura a miembro titular de la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- Besserman Vianna, H. C. (1979). *Três etapas de um tratamento*. Trabajo presentado en reunión científica de la Sociedade Brasileira de Psicanálise do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.
- Besserman Vianna, H. C. (1991). *As bases do amor materno*. Escuta.
- Besserman Vianna, H. C. (1994). *Não conte a ninguém...* Imago.
- Calmon, M., Junqueira, M. H., Ferreira da Costa, N. y Sério, N. (1999). Entrevista: Helena Besserman Vianna. *Trieb*, 7, 7-38.
- Casas de Pereda, M. (1999). *En el camino de la simbolización: Producción del sujeto psíquico*. Paidós.
- Casas de Pereda, M. (2007). *Sujeto en escena: El signifiante psicoanalítico*. Isadora.
- Etienne de la Boétie. (2007). *Discurso de la servidumbre voluntaria, o el Contra uno*. Tecnos. (Trabajo original publicado en 1576).
- Fernández Rubio, A. (25 junio de 1988). Claude Lanzmann presenta en España 'Shoah', película sobre los campos de exterminio nazis. *El País*. https://elpais.com/diario/1988/06/25/cultura/583192808_850215.html
- Fresco, N. y Leibovici, M. (2004). Prólogo. En A.-L. Stern, *Le savoir-déporté: Camps, histoire, psychanalyse*. Seuil.
- Gil, D. (1999). *El capitán por su boca muere o la piedad de Eros: Ensayo sobre la mentalidad de un torturador*. Trilce.
- Horenstein, M. (2011). Lo que debe llevar el habla sin decirlo: Notas sobre la interpretación después de Auschwitz. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 113, 29-54.
- Jabois, M. (13 de noviembre de 2017). Fui tratante de mujeres durante más de veinte años: Las compré y vendí como si fueran ganado. *El País*. https://politica.elpais.com/politica/2017/11/11/actualidad/1510423180_056582.html
- Kristeva, J. (2000). *El genio femenino: La vida, la locura, las palabras*. Hannah Arendt (vol. 1). Paidós.
- Lacan, J. (1985). *Escritos 1*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1951).
- Levi, P. (1995). *La tregua*. Muchnik.
- Levi, P. (1998). *Si esto es un hombre*. Muchnik.
- Levi, P. (2000). *Los hundidos y los salvados*. Muchnik.
- Maia, C. (2007). *Obra poética*. Rebeca Linke.
- Major, R. (2017). Un hombre de principios. *Calibán*, 15(1), 228-231.
- Millot, C. (2004). Présentation du livre d'Anne-Lise Stern: *Le savoir-déporté. Essaim*, 13(2), 179-184.
- Nemirovski, I. (2005). *Suite française*. Salamandra.

- Oroño, T. (2017). *Libro de horas*. Estuario.
- Prado, P. (1989). *Cacos para um vitral*. Rocco.
- Roudinesco, E. (1993). *La batalla de cien años: Historia del psicoanálisis en Francia* (vol. 3). Fundamentos.
- Roudinesco, E. (2015). *Freud, en su tiempo y en el nuestro*. Debate. (Trabajo original publicado en 2014).
- Roudinesco, E. y Plon, M. (2005). *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós.
- Semprún, J. (1963). *Le grand voyage*. París: Gallimard.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Tusquets. (Trabajo original publicado en 1994).
- Stern, A.-L. (2004). *Le savoir-deporté: Camps, histoire, psychanalyse*. Seuil.
- Viñar, M. (2006). Alegato por la humanidad del enemigo. *Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires*, 28(2), 399-416.
- Viñar, M. (2016). La memoria del terror: Psicoanálisis-Shoa-tortura-desapariciones. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 123, 65-72.
- Viñar, M. y Viñar, M. (1993). *Fracturas de memoria: Crónicas de una memoria por venir*. Trilce.